

CRISIS MUNDIAL, EDUCACIÓN Y CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ

(UPOLI – NICARAGUA)

Excmo. Señor Rector, Ingeniero Emerson Pérez Sandoval,
Licenciado Denis Torres, Director del Instituto Martin Luther King,
Rector Emérito Sergio Denis García,
Señoras y Señores Miembros del Claustro del que me honro en formar
parte como Doctor Honoris Causa,
Señoras y Señores, estudiantes,
Queridos amigos:

2007, año del cuarenta aniversario. Cuarenta años al servicio de la educación superior nicaragüense. Son momentos de reconocimiento de esfuerzos y, sobre todo, de nuevos impulsos hacia un futuro en el que el papel de las universidades será todavía más relevante, no sólo como formadoras de profesionales y por su contribución al acervo mundial del conocimiento, sino como actores sociales, como asesores, a escala gubernamental, parlamentaria y municipal, para la adecuada toma de decisiones en materias tales como la energía, la nutrición, la salud, el medio ambiente, la cultura, el aprendizaje... en la que los políticos requieren progresivamente el consejo y asistencia de los especialistas. Papel crucial de las universidades, también, en su calidad de torres de vigía, para la debida previsión y prevención. El porvenir está siempre por – hacer. Y en esta tarea crucial para ese otro mundo que anhelamos, debe emplearse a fondo el formidable potencial del saber universitario.

Enhorabuena, pues, a la UPOLI por su cuadragésimo cumpleaños y que sean muchos, muchos más los que vengan a sumarse, con fecunda labor, a los actuales.

A todos quiero saludar y reconocer la infatigable actividad, realmente ejemplar, que ha desplegado la UPOLI y en particular el Instituto Martín Luther King, en favor de una cultura de paz. Desde el primer momento – recuerdo vívidamente las intervenciones del Profesor Carlos Tunnerman en el Consejo Ejecutivo de la UNESCO- Nicaragua se sumó con clarividencia a la sustitución de la fuerza por el diálogo, de la imposición por el entendimiento, de la violencia por la conciliación y la paz.

La excelente publicación *Cultura de Paz* – obras son amores – refleja hasta que punto es firme el compromiso. *Verba volant, scripsi manent*. Los escritos permanecen y así las generaciones venideras pueden tener constancia de cuáles fueron las actitudes y qué causas se defendieron en momentos en que el mundo atravesaba situaciones especialmente difíciles y complejas. Sabrán quienes hablaron, quienes tuvieron el coraje de alzar la voz. Sabrán también quienes callaron. He conocido el silencio de los silenciados, de los amordazados, de los amedrentados, de los ignorantes. El silencio de los silenciados puede comprenderse y disculparse. No así el de los silenciosos, el de los que pudiendo y debiendo hablar no lo hacen. Martín Luther King nos lo advirtió en una frase que debemos meditar todos los días: “Nuestras vidas empiezan a acabarse el día en que guardamos silencio sobre las cosas que realmente importan”.

Para mí, como Presidente de la Fundación Cultura de Paz, es una gran satisfacción que el Instituto que contribuye a convertir en realidad los

sueños de Luther King forme parte de la Red de instituciones colaboradoras.

Cada amanecer debemos situar los Derechos Humanos como punto de referencia para nuestro comportamiento cotidiano. Quiero saludar a la Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos de Nicaragua, tan importante cuando, en especial, pretenden sustituirse principios universales por leyes de mercado. “Es de necio confundir valor y precio”, proclamó don Antonio Machado en sus Cantares de Castilla. No seamos necios. Restablezcamos a la justicia, la libertad, la igualdad y la solidaridad, enunciadas en la Constitución de la UNESCO como los grandes ideales democráticos, en nuestro firmamento, para guiar nuestro rumbo personal y colectivo.

Paz y reconciliación. La Iniciativa Mundial de Reconciliación de UPOLI, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas, que ha declarado el año 2009 como Año Internacional de la Reconciliación, merece todo el apoyo entusiasmado y el trabajo realizado con mayor denuedo para conseguirlo.

Ni que decir tiene que la disposición del Presidente de la República, Comandante Daniel Ortega, a suscribir una declaración para desarrollar y fortalecer la cultura de paz, unidad y reconciliación con el fin de cultivar la armonía entre las sociedades y culturas, fomentando la cooperación nacional e internacional, es muy importante y debe ser expresión prioritaria en su proyecto político.

Señor Rector: ruego transmita al Excmo. Señor Presidente de la República, a los miembros del Consejo Nacional de Universidades y a todos los que

tan amablemente habían accedido a entrevistarse conmigo o asistir y participar en los actos programados para estos días de densa estancia en Nicaragua, mis saludos respetuosos junto a la gran contrariedad que siento por no haber podido –las lumbares de vez en cuando prevalecen sobre mis intenciones– estar con todos ustedes y aprovechar al máximo actividades tan cuidadosamente establecidas.

La palabra. Ya que no puedo estar presente, recíbanla como expresión de mi mayor estima.

“Crisis mundial, educación y construcción de la paz”

Desde tiempo inmemorial, la humanidad se ha hallado inmersa en una cultura de guerra. Los conflictos, que siempre existirán, han pretendido resolverse por la imposición, por la ley del más fuerte, por el uso de la violencia, por la confrontación bélica. En una sociedad predominantemente masculina, ha sido irreprimible la tendencia a que el músculo se impusiera a la conversación y a la resolución pacífica. Ya Isaías profetizaba que “las lanzas se convertirían en arados”. Pero lo cierto es que los fabricantes de arcos, flechas, lanzas, espadas, arcabuces, fusiles,... fueron forjando también –era lo suyo– la recomendación maléfica, ya presente en los discursos de Cicerón, de que “si quieres la paz, prepara la guerra”. Y así, durante siglos, se ha preparado la guerra y hemos hecho, lógicamente, aquello para lo que estábamos preparados. Nunca nos hemos preparado para la paz. Hemos pagado y estamos pagando –¡tres mil millones de dólares al día!– el precio de la guerra. No sabemos cuál es el precio de la paz.

En 1918, al término de la Primera Guerra Mundial, el Presidente Woodrow Wilson llegó a Brest, en Francia, con un gran proyecto de paz, un Convenio que permitiría a partir de entonces que todos los países, asociados en la Liga de Naciones, resolvieran pacíficamente sus conflictos. El hombre más poderoso de la Tierra, conmovido por las tragedias que acababan de vivirse, por las horrendas muertes y terribles sufrimientos acaecidos, exponía al mundo, desde París, su gran iniciativa por una “paz permanente”. Pronto los fabricantes de armas de los Estados Unidos y de las potencias vencedoras empezaron a alertar sobre las consecuencias que podría tener el rearme futuro de los vencidos y la necesidad, en cualquier caso, de estar bien preparados ante eventuales enemigos. Y así, en pocos años, Hitler escribe impunemente (en 1933) que “la raza aria es incompatible con la raza judía” y se prepara una nueva conflagración que, implicando a las naciones más poderosas, utilizan abominables prácticas de exterminio e inflama por tierra, mar y aire al mundo entero desde 1939 a 1945.

Ya en 1941, el Ministro de Educación del Reino Unido, Richard Butler, escribe con espanto que la única forma de evitar en el futuro guerras como las que están padeciendo en estos momentos es la educación accesible a todos los habitantes del planeta. Reúne a los ministros de educación de los “gobiernos en la sombra” europeos para ir fraguando lo que podría ser una institución internacional que procurara que, en lo sucesivo, fueran los ciudadanos advertidos los que impidieran la locura de la guerra.

En 1944, el Presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt diseña, como su antecesor, una Organización internacional, que sería asistida en las diversas facetas (laborales, alimentación, de salud, de educación, ciencia y cultura, de infancia...) por las correspondientes instituciones de ámbito

mundial. Las relativas a la economía y las finanzas (el Banco Mundial para la Reconstrucción y el Desarrollo y el Fondo Monetario Internacional) se crean en Breton Woods, Estados Unidos, en 1944. Cuando las Naciones Unidas se fundan en San Francisco en 1945, el Presidente norteamericano ha fallecido ya. Pero al igual que Richard Butler, al igual que Woodrow Wilson, cree que la solución, la paz radicarán finalmente en la voluntad popular, en la gente. Y, por ello, se inicia así la Carta de las Naciones Unidas: “Nosotros, los pueblos,... hemos decidido evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra”. Se decide, con el compromiso supremo de las generaciones venideras, evitar la guerra, es decir, construir la paz. Unos meses después, se crea en Londres la UNESCO, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. El sueño del Ministro Butler es ya una realidad. La Constitución de la UNESCO se inicia así: “Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben elevarse los baluartes de la paz”. Ya en aquellos momentos se está redactando la Declaración Universal de los Derechos Humanos, para que guíe y oriente las actividades de las Naciones Unidas, de los pueblos, de todos sus integrantes. Es necesario liberar a la humanidad, darle la palabra, hacer que los gobernantes sean realmente los portavoces de la voluntad popular... Artículo primero: “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad. Todos están dotados de razón y se comportan entre sí fraternalmente”. ¡Todos iguales! Esta visión era la que permitió augurar que los conflictos podrían resolverse, a partir de entonces, a través del diálogo, del entendimiento.

Era imprescindible, para convivir, con – partir. Distribuir adecuadamente los beneficios del progreso. En consecuencia, las Naciones Unidas, elaboraron planes de desarrollo –que tiene que ser integral, endógeno, sostenible... y humano!– y recomendaron que los países más prósperos

ayudaran a los más necesitados ofreciéndoles el 0,7% de su producto interior. El Papa Pablo VI llegó a proclamar que “el nuevo nombre de la paz es el desarrollo”.

Pronto, con algunas excepciones de los países nórdicos que conviene recordar, las ayudas se transformaron en préstamos concedidos, además, en condiciones draconianas. Los países receptores, los prestatarios, se endeudan progresivamente mientras que los prestamistas se benefician, en general, puesto que a los intereses que perciben se añade la realización de las infraestructuras, una de las condiciones de los “ajustes estructurales”.

La “guerra fría” representa una carrera sin precedentes en la disponibilidad de armas de mayor alcance y capacidad destructiva. Las asimetrías económicas y sociales se amplían en lugar de reducirse y grandes masas de población que viven en condiciones realmente inhumanas constituyen un caldo de cultivo para la formación de grandes flujos de emigrantes desesperados, capaces de poner en riesgo su propia vida para arribar a las costas de la abundancia, y también, como consecuencia de un proceso en cadena de frustración, humillación y radicalización, para la adopción de actitudes violentas, que no deben justificarse pero debemos tratar de explicar, para intentar en lo sucesivo prevenir.

A finales de la década de los ochenta, tiene lugar un acontecimiento histórico: la caída del muro de Berlín, y, con Gorbachev, como principal artífice, el desmoronamiento del imperio soviético. Sin una sola gota de sangre, se inicia la larga marcha de muchos países hacia las libertades públicas que durante tantos años les habían sido negadas. Con el telón de acero, desaparece un sistema que, basado en la igualdad, se había olvidado de la libertad. Y el sistema alternativo, basado en la libertad pero que había

olvidado la igualdad, en lugar de recordarla e incorporarla, afirma su poderío a través del debilitamiento de las Naciones Unidas, sustituyendo el multilateralismo por la plutocracia representada por el G7-G8, al tiempo que aminora el papel y alcance de los Estados en favor de grandes corporaciones multinacionales que campan a sus anchas, en medio de la mayor impunidad, en el espacio supranacional. Los tráfico de capitales, drogas, armas... y personas!, pueden llevarse a cabo por la existencia de paraísos fiscales y por la carencia de mecanismos punitivos que puedan llevar a los transgresores ante los tribunales internacionales competentes.

La independencia política se ve, en muchos países, completamente oscurecida por una creciente dependencia económica, financiera, tecnológica..., acompañada en muchos casos de una clarísima ingerencia, como la de los Estados Unidos en los países de América del Sur mediante la tristemente famosa “Operación Cóndor”, situaciones que caracterizan la “paz fría” propia de los años 90.

A pesar de todo, las Naciones Unidas siguen cumpliendo una función esencial que no sólo se refleja en varios procesos de paz y de normalización democrática (El Salvador, Mozambique, Guatemala, África del Sur...) sino en ofrecer normas de referencia internacional (Educación para todos, 1990; Medio Ambiente, 1992; Desarrollo Social, Mujer y Desarrollo y Tolerancia, 1995; Diálogo de Civilizaciones, 1998; Declaración y Plan de Acción para una Cultura de Paz, 1999; Objetivos del Milenio, 2000; Diversidad Cultural, 2001...) que puedan ser utilizadas para orientar los destinos de una humanidad que, sumida la mayoría en la marginación y la pobreza, se halla perpleja y confusa ante las carencias de una sociedad mundial cuyos líderes han sustituido los valores morales intemporales por los intereses a corto plazo característicos de las “leyes de mercado”.

En el libro “Un mundo nuevo”, proponía, frente a este panorama de crisis a escala planetaria, cuatro nuevos contratos: un contrato social; un contrato ambiental o natural; un contrato cultural, y un contrato moral. El resultado de los mismos sería un gran plan de desarrollo global, en el que las necesidades básicas de todos los ciudadanos del mundo pudieran atenderse.

No es aceptable, no es éticamente admisible que, en los albores de siglo y de milenio, el 80% de los recursos, conocimiento incluido, se concentren en el barrio acaudalado de la Aldea Global, mientras que el 80% de los habitantes del planeta viven en barrios caracterizados por el hacinamiento y precariedades de toda índole. ¿Cómo podemos conciliar el sueño sabiendo que cada día mueren de hambre alrededor de 60,000 seres humanos? Mientras, la maquinaria de la guerra sigue, como hidra infernal, aumentando su volumen y tentáculos.

En el año 2001, el 11 de septiembre, el terrorismo suicida ataca los símbolos del poderío norteamericano y sume a la humanidad entera en la consternación y el desaliento. Todos, con poquísimas excepciones, al lado de las víctimas. Todos al lado de la vida. No, no es así como deben solucionarse los gravísimos problemas a los que la humanidad tiene que hacer frente. Luego, las represalias. Más adelante, basada en supuestos falsos, la guerra de Irak que, al precio de tantas vidas y sufrimientos, una vez más, como sucede siempre con el empleo de la fuerza, ha dejado, sigue dejando, la tétrica huella del fracaso.

Y aparece con claridad una vez más, que debería ser la última, que las estrategias de fuerza seguidas en los Balcanes, en Afganistán, en Irak, en el conflicto israelí-palestino... están llevando al conjunto de la humanidad a

unas de las situaciones más difíciles, por su globalidad, de todos los tiempos. Es el momento de sustituir una economía de guerra por una economía de paz, los valores del mercado por los principios éticos intemporales; la fuerza por la palabra. Cuando las horas críticas pasan, es inútil correr para alcanzarlas: debemos pasar a la acción. “Es preciso identificar las raíces de los problemas globales y esforzarnos, con medidas imaginativas y perseverantes en atajar los conflictos en sus inicios. Mejor aún es prevenirlos. La prevención es la victoria que está a la altura de las facultades distintivas de la condición humana. Saber para prever. Prever para prevenir. Actuar a tiempo, con decisión y coraje, sabiendo que la prevención sólo se ve cuando fracasa. La paz, la salud, la normalidad, no son noticia. Tendremos que procurar hacer más patentes estos intangibles, estos triunfos que pasan inadvertidos”¹.

“Todos deben sentirse implicados. Todos deben contribuir a facilitar la gran transición desde la razón de la fuerza a la fuerza de la razón; de la opresión al diálogo; del aislamiento a la interacción y la convivencia pacífica”. Para que sean los pueblos, la gente la que progresivamente consolide sistemas democráticos, observe los principios universales y sustituya el uso de la fuerza por el diálogo y la alianza, es necesario que la educación se extienda a todos los seres humanos durante toda la vida. “Educación como capacidad para dirigir con sentido la propia vida”². Educación para ser capaces de reflexionar y actuar en virtud de nuestras propias meditaciones, no aceptando hacerlo al dictado de nadie ni intimidados por poder alguno.

¹ F. Mayor. Declaración sobre el Derecho Humano a la Paz, 1996.

² Fco. Giner de los Ríos, 1919.

A los cuatro grandes pilares del aprendizaje establecidos por la Comisión presidida por Jacques Delors para la “Educación en el siglo XXI” – aprender a conocer, a hacer, a ser y a vivir juntos– la enseñanza superior, propia del grado universitario, debe añadir aprender a emprender, porque me gusta repetir que si el riesgo sin conocimiento es peligroso el conocimiento sin riesgo es con frecuencia inútil.

Conocer la realidad profundamente, para poder transformarla. Si sólo se conoce epidérmicamente, podemos modificar a lo sumo las percepciones, pero no la “realidad real”, que diría Gabriel García Márquez, que subyace. Como reza el emblema del Condado de Oxford, es imprescindible “atreverse a saber”. Pero, acto seguido, es también imprescindible saber atreverse. No permanecer callado. Intervenir. Asesorar. Tener una visión global, que la atalaya universitaria facilita, y ser capaces de anticiparse, especialmente cuando existe la posibilidad de alcanzar puntos de no retorno. La irreversibilidad potencial no permite aplazar la toma de decisiones. Es una cuestión de ética del tiempo, que debe mover a las instancias académicas y científicas a procurar los tratamientos antes de que sea demasiado tarde.

Para la construcción de la paz es necesario fortalecer el multilateralismo, incluyendo en las Naciones Unidas la Organización Mundial del Comercio así como, plenamente, el Banco Mundial y el FMI. Deben terminarse las ambiciones de predominio a escala regional, sustituyéndose por acuerdos de entendimiento con adecuados mecanismos de regulación, de tal modo que, al tiempo que se favorece una evolución rápida de la situación en los distintos países, se prevengan los “pendulazos”, la superación con violencia de muchos años de supeditación y explotación.

En América Latina es el momento de la amistad, de interlocutores en pie de igualdad, en pie de paz y no de guerra. Es el momento de la unión entre todos los países de América, ofreciendo una relación de amistad, y nunca más de sumisión. Como preconiza la Iniciativa de la Reconciliación, es necesario un nuevo consenso basado en la cooperación, la discusión y el debate. En la cultura de la palabra y no de la fuerza.

Un consenso en que los países vayan reuniendo todas las voces de sus ciudadanos y no sólo las de algunos. Todos los ciudadanos, sin discriminación, pero prestando particular atención a los que durante siglos han ocupado, contra toda lógica, un segundo plano.

Es preciso tener muy claro el significado de democracia a escalas nacional, continental y global: ¿“países democráticos” porque van a las urnas de vez en cuando, con procesos electorales en los que –empezando por los requisitos para la presentación de candidaturas– la publicidad oculta con excesiva frecuencia la realidad en el momento de depositar el voto, y sobre todo, después de hacerlo, se hallan carentes de mecanismos de regulación, supervisión y corrección?

Muchas “democracias” son en la actualidad países ricos empobrecidos por un sistema económico global que incrementa las disparidades en lugar de mitigarlas. En lugar de flujos de ayuda –como se decidió en la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1974– del norte al sur... se han cambiado las tornas, para el oprobio de los prósperos, y son los países del sur los que, además de la explotación de la que son objeto, deben pagar el servicio de la deuda, que ocupa buena parte de su presupuesto nacional.

La sin razón de los “globalizadores” llega a tal punto que se consideran como factor importante, a tener en cuenta en el marco general económico y financiero, las remesas que los emigrantes envían a sus familias... ¡a qué precio de lejanía, extorsión social, sufrimiento!... Algunos medios de comunicación, incluso abanderados de una mayor atención social, se hacían eco recientemente de las implicaciones que para ciertas empresas y grupos de inversores podrían tener las medidas adoptadas en algunos países de América Latina. Y es que, durante muchos años, sólo se han tenido en cuenta a los grandes actores económicos, de tal modo que ahora es difícil comprender que se quiera asegurar a todos, sin excepción, “unos frijoles en los platos de todos los hogares, todos los días”, como diría el Presidente Lula.

En consecuencia, lo primero, desde hoy mismo, es esforzarnos en el diálogo, en la reconciliación, en no pensar en el pasado sino en el futuro. Y, por encima de todo, descartar la violencia. Todos diversos, pero todos unidos por la conciencia de un destino común.

La unidad y la reconciliación son en Nicaragua los dos grandes propósitos. Deben serlo de toda América Latina, de toda América, para que desde este sueño hecho realidad y con unas Naciones Unidas fortalecidas, pueda extenderse con igual tenor a las relaciones en y entre todos los continentes.

¿Será, por fin, el siglo XXI el siglo de la gente? Gente educada, capaz de participar a distintas escalas, capaces de argüir en defensa de argumentos que ellos mismos han elaborado. Capaces de escuchar. Personas que dejen de ser espectadores pasivos, súbditos resignados, y pasen a ser ciudadanos del mundo, de su patria y de su patria chica.

Ya nunca más receptores de información que sólo transmiten lo extra – ordinario. Ya nunca más testigos indiferentes de lo que sucede. Es tiempo de acción: es tiempo de la palabra prevaleciendo sobre la fuerza. Es tiempo de democracia genuina con ciudadanos activos y participativos. Es tiempo de anticipación, de prevención. La gente, mujeres y hombres, por fin, en el estrado. Es tiempo de serenidad y templanza, para transitar desde una cultura de imposición, dominio y violencia a una cultura de entendimiento, de solidaridad, de justicia, de paz.

Es tiempo de no guardar silencio tanto personal como institucionalmente. Sería el mejor legado que podemos ofrecer a nuestros hijos, a las generaciones que llegan a un paso de nosotros, para que nunca puedan, al volver la vista atrás, pensar que no supimos estar a la altura de nuestras responsabilidades.

Federico Mayor Zaragoza